



Índice

Significado de la expresión ¡ cómo está el patio !.....	1
Humor - Chistes españoles.....	1
Aristóteles lo dijo.....	2
"Historia de un Caracol que descubrió la importancia de la lentitud".....	3



Santy Gutiérrez es uno de los más prolíficos autores gallegos. Además de su sección fija generando opinión en varios periódicos, colabora habitualmente en revistas, de cómic y otros tipos, e ilustra libros de texto y cuentos juveniles para importantes editoriales. Y también tiene experiencia en trabajos para empresas de publicidad.

Significado de la expresión ¡ cómo está el patio !

- cuando en algún lugar hay una discusión muy fuerte entre muchas personas discutiendo, insultándose y casi peleando, se puede decir: "¡Cómo está el patio!"... para decir que no hay tranquilidad, que la gente está muy nerviosa y que la situación es desagradable.
- O, usamos la expresión "cómo está el patio" cuando queremos decir que vamos a comprobar si en algún lugar hay paz y tranquilidad: Ir a ver cómo está el patio, ¡Hay que ver cómo está el patio!



Origen de la expresión cómo está el patio

Hay quien dice que la expresión tiene su origen en los patios de vecindad, rebosantes de vida y en donde reinaba el bullicio.

Pero los más coinciden en que el patio al que se refieren las expresiones es el patio de comedias.

Antiguamente las representaciones teatrales se llevaban a cabo en estos corrales o patios, porque eran recintos cerrados de casas, con galerías y al aire libre. Antes de iniciar la representación, los actores y empresarios solían observar por un agujero en el telón la cantidad de público y cuál era su actitud. Si éste causaba alboroto es posible que exclamaran: ¡Cómo está el patio!

Humor - Chistes españoles

1. Un matrimonio en la estación de ferrocarril en la taquilla de despacho de billetes:
 - Un billete para Vitoria.
 - Lo siento, no quedan.
 - Vitoria, vamos a casa que para ti no hay billete.
2. La maestra pregunta en la escuela a un niño:
 - Si yo digo fui rica, es pasado, pero si yo digo soy hermosa, ¿qué es?
 - Exceso de imaginación.
3. –Pepe, llevamos 20 años casados y nunca me has comprado ni una sortija, ni un collar...
 - Nunca me habías dicho que vendieras joyas.

4. En una biblioteca:
 - ¿Dónde tienen el libro El hombre, un ser perfecto?
 - Allá al fondo, en la categoría ciencia ficción.
5. El novio a su prometida:
 - Creo que a tus padres no les resulto simpático.
 - ¿Por qué piensas eso?
 - Porque me han dicho que parezco medio tonto...
 - Es que todavía te conocen sólo a medias.
6. Un señor poco agraciado entra en la pescadería y dice al dependiente:
 - Por favor, póngame bonito.
 - ¿Usted cree que puedo hacer milagros?
7. –Con oír el trote de un caballo, digo de qué color es.
 - Asombroso, ¿y siempre aciertas?
 - No, casi nunca.
8. –¿Por qué sacas una fotocopia de todas las cartas que escribes a tu novia? ¿Es que no quieres repetirme?
 - ¡Qué va! ¡Lo que no quiero es contradecirme!
9. –¿Sabes? Anoche, cuando dormías, me estabas insultando.
 - ¿Y quién te ha dicho que dormía?
10. En un baile: –Señorita, ¿va usted a bailar?
 - Pues con mucho gusto.
 - Entonces, ¿me permite su silla?

Aristóteles lo dijo

Fragmento tomado del Libro de buen amor (Juan Ruiz – Arcipreste de Hita)



«Aristóteles lo dijo» es un poema del “Libro de Buen Amor”, escrito por el Arcipreste de Hita entre 1330 y 1343; es una de las mejores obras de toda la literatura medieval en español. Obra compleja y heterogénea, con mezcla de elementos aparentemente opuestos: humor y seriedad, amor loco y amor bueno, humor y didactismo.



Aristóteles lo dijo, y es cosa verdadera,
que el hombre por dos cosas se mueve: la primera,
por el sustentamiento, que la segunda era
por haber juntamiento con hembra placentera.

Si lo dijera yo, se me podría tachar,
mas lo dice un filósofo, no se me ha de culpar.
De lo que dice el sabio no debemos dudar,
pues con hechos se prueba su sabio razonar.

Que dice verdad el sabio claramente se prueba;
hombres, aves y bestias, todo animal de cueva
desea, por natura, siempre compañía nueva
y mucho más el hombre que otro ser que se mueva.

Y digo más el hombre, pues otras criaturas
tan sólo en una época se juntan, por natura;
el hombre, en toda época, sin seso y sin mesura,
siempre que puede quiere hacer esa locura.

Prefiere el fuego estar guardado entre ceniza,
pues antes se consume cuanto más se le atiza;
el hombre, cuando peca, bien ve que se desliza,
mas por naturaleza, en el mal profundiza.

Yo, como soy humano y, por tal, pecador,
sentí por las mujeres, a veces, gran ardor.
Que probemos las cosas no siempre es lo peor;
saber el bien y el mal y escoger lo mejor.

Ver en nuestro sitio internet : Juan Ruiz Arcipreste de Hita " [Enxiemplo de la propiedat que el dinero ha](#)"

"Historia de un Caracol que descubrió la importancia de la lentitud"



Seis:



Durante el trayecto hacia la planta de acanto, el caracol se topó de pronto con unas hormigas que transportaban diminutas gotitas de miel en ordenada formación. Conforme a las reglas respetadas por todos los seres del prado, el caracol se detuvo, pues si cruzaba sin avisarles el sendero que ellas habían marcado, su húmeda huella las desorientaría.

-Hormigas, debo cruzar vuestro sendero y advertir a los míos de un gran peligro -susurró inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo.

-¿Y qué gran peligro es ése, si se puede saber? ¡Mantened la formación! -dijo una hormiga algo mayor que las demás, que no transportaba nada y vigilaba enérgica a las que sí lo hacían.

El caracol les habló entonces de los seres humanos, y de cómo habían empezado a cubrir un extremo del prado con una capa de algo espeso y más oscuro que la noche sin estrellas.

-Parece que se trata de algo muy grave, pero yo no puedo decidir qué hacer. Mi función es conducir a las portadoras hasta el hormiguero. ¡He dicho que mantengáis la formación! Ven conmigo y habla con la reina.

El caracol empezó a caminar junto a la hormiga, pero no pudo mantener el ritmo frenético de sus patas, así que vio cómo lo adelantaba. Iba avanzando lenta, muy lentamente, hasta que llegó al hormiguero, donde lo esperaba la hormiga reina rodeada de su séquito.

-Vaya si has tardado. A una reina no se la hace esperar! reprendió la hormiga que había llegado antes que él, pero la reina le ordenó callar y se acercó al caracol.

-¿Es cierto lo que dices? ¿Es verdad que los humanos cubren el prado de un manto tan negro como lo más profundo de la tierra?

-Para desgracia de los seres del prado es cierto. Una tortuga llamada Memoria me llevó hasta los lindes y lo he visto.

-No es la primera vez que nos ocurre. ¡Éxodo! -ordenó la reina, y las hormigas empezaron a salir de inmediato del hormiguero cargando trocitos de hojas, gotas de miel, semillas, en fin, todos los alimentos que almacenaban en las galerías subterráneas-. Esto es gracias a tu lentitud, caracol, pues fueras veloz como el conejo, o te deslizaras raudamente como la culebra, no nos habrías visto y avisado. ¿Tienes un nombre?

-Me llamo Rebelde, es el nombre que me dio Memoria.

-Memoria, Rebelde, gracias -dijo la reina, y, a la voz de «¡Éxodo! ¡Éxodo!», se unió a la larga fila de hormigas que abandonaban el hormiguero.

Antes de que el sol acariciara el prado con sus últimos rayos, el caracol alertó del peligro a los escarabajos, que, luego de recibir el aviso, también le agradecieron que caminara despacio, pues de haber sido rápido como las lagartijas o los saltamontes no los habría visto y advertido.

El caracol vio cómo los escarabajos abandonaban presurosos su madriguera y se alejaban empujando bolitas de alimento en ordenada formación.

Rebelde, el caracol que ya tenía un nombre y empezaba a conocer los motivos de su lentitud, estaba exhausto y decidió reposar antes de seguir su camino al encuentro de los suyos, que, ajenos al peligro, estarían entregados a la costumbre de comer en grupo bajo las hojas del acanto. Antes de recoger su cuerpo en el interior de la concha, advirtió que muchos seres nocturnos del prado se movían.

Las lombrices, temerosas del sol, reptaban dejando estelas de humedad sobre la hierba, las luciérnagas también en fuga volaban a muy baja altura para iluminar la marcha de las orugas, y las diminutas ranas verdes de los prados saltaban croando en busca de una charca.

Rebelde empezó a sentir el grato sopor del cansancio, y cuando estaba a punto de quedarse dormido, sintió una vocecilla que venía de muy debajo de la hierba.

-¿Eres tú el caracol del que tanto se habla? -preguntó la voz.

-Sí, y tú ¿quién eres? -susurró.

Entonces, muy cerca de donde estaba, el suelo se alzó levemente, la hierba cedió el paso a un montículo de tierra removida, y un ser de nariz puntiaguda asomó la cabeza.

-Soy un topo. Hay seres que viven volando sobre el prado; otros, a ras de la hierba, y otros debajo de la tierra.

¿Es cierto que los humanos van a cubrirlo todo con una capa de hielo negro?

El caracol le contestó que, en efecto, por desgracia así era, y el topo, tras darle las gracias, desapareció bajo el montículo y les indicó a sus compañeros que tenían mucho por cavar.

Rebelde, el caracol que ya tenía un nombre y conocía cada vez más y mejor los motivos de su lentitud, se aprestó nuevamente a dormir, pero no logró conciliar el sueño porque una serie de preguntas se colaron en la cavidad de la concha.

¿Y si sus compañeros no le creían? ¿Y si sus compañeros bajo las hojas del acanto tomaban su advertencia como una molesta rareza más, tal como habían tomado sus deseos de tener un nombre y de conocer los motivos de su lentitud? Y en caso de que le creyeran y aceptaran la necesidad de perder el hogar, el País del Diente de León, ¿adónde irían?

Siete



Bajo las hojas del acanto, los caracoles, ajenos al peligro que acechaba, apenas volvieron las cabezas para mirar a Rebelde, que se estaba acercando.

-Al parecer no has llegado muy lejos -susurró un caracol viejo.

-¿Vienes con hambre, o con más preguntas? -ironizó otro sin dejar de comer hojas de diente de león.

-Si mal no recuerdo, dijiste que volverías cuando tuvieras un nombre y conocieras los motivos de tu lentitud. ¿Tienes algo que decimos? -apostilló con sorna otro caracol.

Sin dar importancia a las miradas despectivas, Rebelde avanzó despacio, muy despacio, hasta la acogedora sombra de las hojas del acanto, y les refirió el encuentro con la tortuga llamada Memoria.

-¡Oh! ¡Qué encuentro tan interesante! Un ser lento del prado se topó con otro tan lento como él. ¿Y qué hicieron? ¿Tal vez una carrera a ver cuál era más rápido? -se mofó otro de los caracoles viejos.

Una vez más, Rebelde ignoró los comentarios hirientes y les refirió todo lo que había visto: cómo los humanos invadían el prado y lo cubrían de una asfixiante capa negra que sólo provocaba tristeza. Esta vez, sus palabras concitaron la atención y la alarma de los caracoles más jóvenes, pero los más viejos vieron que eso ponía en peligro su autoridad.

-Ninguno de nosotros ha visto jamás esa capa negra de la que hablas, y, además, se sabe que las tortugas son muy dadas a inventar cosas que no existen-comentó

uno.

-Y si así fuera, nada nos indica que los humanos pretendan llegar hasta el acanto -dijo un segundo caracol de los más viejos.

-Nunca abandonaremos nuestro lugar bajo el acanto. Nunca nos iremos del País del Diente de León -aseveró otro de los viejos caracoles.

Entonces, Rebelde les habló de los otros seres del prado. Les dijo que las hormigas, los escarabajos, las lombrices y los topos estaban abandonando el prado y que, en su opinión, ellos deberían hacer lo mismo.

-Esto es intolerable. Eres un rebelde y te exijo que demuestres lo que dices, en caso contrario, calla y vete para siempre -le conminó el más viejo de todos los caracoles.

Rebelde pensó que la lentitud de sus compañeros les impediría llegar a tiempo para ver cómo los demás seres del prado se iban cargando o empujando sus provisiones, pero mientras cavilaba, sus ojos se posaron en las largas varas de la flor del acanto, que ofrecían al cielo sus apretados pétalos violáceos.

-Subid conmigo -susurró.

Lenta, muy lentamente, Rebelde empezó a subir por una de las varas que apenas mecía el viento. Lo siguieron algunos caracoles jóvenes y, para no perder su autoridad, algunos de los viejos también lo hicieron.

Tardaron el tiempo inmensurable de los seres lentos en llegar hasta las partes más altas de las varas. No les resultaba fácil sujetar sus cuerpos a los pétalos, y cuando todos orientaron los cuernecitos de los ojos hacia el extremo del prado, lo que vieron les llenó de angustia.

Pacientemente y recordando las palabras de Memoria, Rebelde les contó que las extrañas formas que había junto a los humanos se llamaban máquinas, y que la densa humareda que impedía ver más allá del linde era la hierba ardiendo bajo el manto negro, que primero era espeso y blando como el lodo fresco, y luego tan sólido e impenetrable como las piedras.

-Están muy cerca -susurró el más viejo de los caracoles, y en su voz se percibió cómo el miedo desplazaba a la arrogancia.

-¡Huyamos! ¡Huyamos! -exclamaron los caracoles más jóvenes y, lenta, muy lentamente, emprendieron el descenso.

Ya de regreso bajo las hojas del acanto, todos los caracoles miraban con respeto al que les había advertido del peligro.

-Tenías razón. Has aprendido mucho en tu viaje y tendrás que guiarnos en nuestro éxodo. Antes de partir dijiste que no regresarías hasta que tuvieras un nombre. ¿Lo has conseguido? -preguntó el más viejo de los caracoles.

-Tú mismo lo has dicho antes de subir a las varas. Rebelde, así me llamo. Ése es el nombre que me dio Memoria.

-¿Adónde iremos? -quiso saber uno de los caracoles jóvenes.

-Dejaremos el País del Diente de León, pero encontraremos otro. Vamos hacia un nuevo País del Diente de León -afirmó Rebelde.

Y poco a poco, muy poco a poco, con el dolor del adiós al hogar perdido, los caracoles empezaron a alejarse de la planta de acanto.

Ocho



Poco a poco, muy poco a poco, el grupo de caracoles avanzaba entre las hierbas. Iban tristes, y sentían que la tristeza se instalaba como un modesto lastre que tornaba pesadas sus conchas. Ninguno se atrevía a susurrar su desazón y, así, cuando al volver la cabeza ya no podían ver el añorado acanto, uno de ellos advirtió que se dirigían hacia el linde del prado, es decir, en dirección a donde estaban los humanos.

-Un momento, ¿qué clase de líder eres tú? Nos conduces al peligro -susurró provocando mayor inquietud en el grupo de caracoles.

Rebelde se detuvo y les recordó que los pájaros y las ardillas que habitaban la más vetusta de las hayas solían acomodarse en las ramas a mirar cómo bajaba el sol a su refugio, y que lo mismo hacían los conejos y las ranas del prado.

-Muchos seres agradecen en silencio la tibieza recibida, hasta las flores se cierran despacio para guardar el último calor, pero nosotros, seres de la sombra, nunca nos detenemos a mirar cuando el sol se aleja de la oscuridad -indicó Rebelde.

-Así es, evitamos el sol porque de la humedad de nuestros cuerpos depende la vida. Pero sigo sin entender por qué nos llevas hacia donde están los humanos -alegó uno de los caracoles más viejos.

-Porque en mi viaje con Memoria observé bien a los humanos y vi que no extienden el negro manto que todo lo cubre al otro lado de sus conchas de madera y piedra que ellos llaman casas. Tal vez a los humanos también les agrada mirar cómo baja el sol hasta su nido de fuego.

-¡Tal vez! ¡Tal vez! Esto quiere decir que nos conduces a un lugar nunca visto al que tal vez lleguemos, sin tener ni la menor certeza -exclamó indignado otro de los caracoles viejos.

-Y yo digo que tal vez no debimos abandonar el acanto, que tal vez los humanos no lleguen hasta ahí, que tal vez debamos abandonar esta aventura sin sentido -indicó otro de los caracoles más viejos del grupo.

-¡Sí, regresemos al lugar que nunca debimos dejar! -dijeron al mismo tiempo varios caracoles, y el grupo se dividió. Casi todos los caracoles más viejos emprendieron lenta, muy lentamente, el regreso hasta la planta de acanto, y los más jóvenes dirigieron los cuernecitos de sus ojos hacia Rebelde.

-Es verdad que no tengo la certeza de que encontraremos el nuevo País del Diente de León. Es verdad que no sé dónde está ni cuánto tardaremos en llegar. Es verdad que no sé si encontraremos grandes peligros y si llegaremos todos. Pero sé que ese nuevo País del Diente de León está más adelante y no atrás. Yo seguiré y vosotros podéis acompañarme o regresar.

Lenta, muy lentamente, Rebelde continuó avanzando, y al volver la cabeza vio que todos los caracoles lo seguían. No sintió orgullo ni felicidad alguna. En ese momento pensó que habría preferido que no lo siguieran, pues entonces sería responsable nada más que de su propia suerte. Los caracoles confiaban en él y eso le produjo mucho miedo, mas entonces recordó a Memoria diciendo que un verdadero rebelde sentía miedo pero lo superaba, y andando despacio, muy despacio, siguió avanzando sobre la hierba.



Nueve



Las primeras sombras borran la presencia de las hierbas y las flores silvestres cuando los caracoles llegaron hasta la franja dura y oscura que los humanos llamaban camino.

-Qué miedo. Sobre el manto negro no crece nada -susurró uno de los caracoles.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó otro.

-Esperar a que los humanos duerman. Memoria me enseñó que de la misma manera que nosotros descansamos en las cavidades de nuestras conchas, los humanos lo hacen en sus casas. Ahí acomodan sus cuerpos y reposan-respondió Rebelde.

En las casas de los humanos había unos agujeros que brillaban como si todas las luciérnagas estuvieran dentro. Los caracoles tenían hambre, pero luego de probar algunas hojas de las hierbas que crecían al borde del camino desistieron. Porque el sabor era extraño y desagradable, similar al hedor que desprendía la negra superficie extendida frente a ellos.



Las estrellas brillaban con su llamada al silencio nocturno cuando los agujeros de las casas se fueron apagando. Rebelde sabía que tendrían que encontrar pronto el nuevo País del Diente de León, pues la oscuridad de las noches sería cada vez más larga, el aire más frío, y necesitaban alimentarse para soportar el letargo a salvo de la escarcha y la nieve.

-Ahora -susurró Rebelde, y por primera vez su cuerpo tocó la dura capa negra que cubría lo que hasta hacía poco tiempo fuera un prado fértil.

La superficie le pareció dura y áspera, y el hedor que desprendía molestaba a su olfato, pero el camino era uniforme, sin obstáculos que trepar o que sortear, y aunque se movían lenta, muy lentamente, esa uniformidad les permitía desplazarse con una mínima facilidad.

-Siento un calor muy agradable-susurró un caracol, y se detuvo.

-Es cierto. Yo también noto cómo se me está metiendo el calor en el cuerpo - indicó otro que también se detuvo.

-Qué agradable es. ¿Por qué no nos detenemos y seguimos cuando el sol alumbre?-preguntó un tercer caracol, y Rebelde recordó que Memoria le había

contado que esa capa, por ser oscura, no reflejaba los rayos del sol y retenía el calor. Y eso era una trampa, le había explicado Memoria. Algunos seres del prado, como los erizos, sucumbían a la tibieza de aquel suelo árido, se dejaban vencer por el sopor y entonces eran presas fáciles de los enormes animales con los que se movían los humanos.

-No. Debemos continuar, sin pausas, debemos esforzarnos y llegar al otro lado -alcanzó a decir Rebelde, y en ese momento un poderoso rugido los paralizó de espanto.

Por un extremo del camino se acercaba raudo un ser de enormes ojos brillantes que los bañó con una luz enceguecedora y pasó veloz como el viento de las tormentas. Al alejarse comprobaron que varios de ellos ya no estaban.

Temblando de pánico, como todos sus compañeros, Rebelde ordenó seguir sin detenerse, antes de que ese u otro animal terrorífico pasara de nuevo.

Fue una marcha penosa, durante la cual los caracoles no dejaron de exteriorizar su miedo o su arrepentimiento por haberlo seguido, y al alcanzar la otra orilla del camino buscaron refugio en una caverna cilíndrica y fría por la que discurría un delgado hilo de agua. Pegaron sus cuerpos a las paredes de la caverna y se durmieron rendidos de dolor y de fatiga.

Todos los caracoles dormían menos Rebelde, que permanecía a la entrada de la caverna atento, con los cuernecitos de los ojos dirigidos a la oscuridad de la noche.

El cansancio también se apoderó de él, y se disponía a meter el cuerpo en la cavidad de su concha, cuando el ruido de algo que agitaba el aire lo sobresaltó. Un pájaro se posó a la entrada de la caverna.

-Caracol, no temas -dijo el pájaro. Rebelde salió despacio, muy despacio, de la caverna, y reconoció al búho que habitaba en la más vetusta de las hayas del prado.

-Vuelas. ¿Ya no te pesa todo lo que has visto?

-Me pesa más que antes, pero debo volar -contestó el búho, y metiendo la cabeza bajo un ala para ocultar su pesar le dijo que ya ninguna de las tres hayas existía, que los humanos y sus máquinas eran más rápidos que todos los seres del prado.

-¿Y el acanto? -se atrevió a preguntar Rebelde.

-Tampoco existe. Queda muy poco del prado que conocimos -contestó el búho con mayor tristeza.

-Creo que nos quedaremos en esta caverna, aquí por lo menos estamos a salvo -susurró Rebelde.

-No es una caverna y no estáis a salvo -advirtió el búho, y enseguida le explicó que se hallaban dentro de algo que habían colocado los humanos, una especie de lombriz larga y gruesa, conectada a una boca metálica que, a una orden de los humanos, dejaba escapar un poderoso torrente de agua.

-He fracasado. Nunca llevaré a mis compañeros al nuevo País del Diente de León. Ojalá supiera tanto como tú, pero sólo soy un caracol lento, muy lento -se lamentó Rebelde.

-Mi naturaleza consiste en observar y en saber. Y no te quejes por ser lento, caracol. Gracias a la lentitud de una tortuga que cada ciertos pasos giraba la cabeza para ver si la seguían, supe de un joven caracol llamado Rebelde. Un valeroso caracol que, a pesar del peligro, se atrevió a advertir a sus compañeros y ahora trata de salvarlos. No te rindas, Rebelde. Voy a ayudarlos a salir de aquí.

La oscuridad nocturna empezaba a diluirse cuando, siguiendo las instrucciones del búho, los caracoles pegaron sus cuerpos a un trozo de madera. Entonces vieron cómo el ave nocturna extendía las alas, daba varios pasos rápidos, aleteaba, encogía las patas y se elevaba muy alto.

El búho planeó en círculos con sus grandes alas desplegadas hasta que encontró una corriente de aire descendente que lo precipitó hacia la madera, la aferró con las poderosas garras de sus patas y se volvió a elevar, batiendo las alas con fuerza, pues el trozo de madera era pesado.

Desde lo alto, los caracoles contemplaron cómo asomaba el sol, y atreviéndose a sacar apenas de las conchas los cuernecitos de los ojos, vieron que gran parte del prado había desaparecido bajo el manto negro que los expulsaba.

El búho voló durante un tiempo que les pareció muy largo, y el suelo, los árboles, las líneas de plata de los arroyos y las casas de los humanos se sucedían a una velocidad inaudita para los seres lentos de los prados, hasta que empezó a descender y depositó la carga muy cerca de unos grandes árboles.

-Este es un bosque de castaños y los humanos tardarán en destruirlo. Avanzad dejando atrás el musgo que crece en los troncos y llegaréis a un claro. Ahí crecen la hierba y las flores silvestres, pero id tan deprisa como podáis, pues los árboles ya empiezan a perder las hojas y muy pronto el frío y la nieve se apropiarán del paisaje. Yo no puedo llevarlos hasta el claro porque luego no podría levantar el vuelo.

Los caracoles le agradecieron al búho su ayuda, y miraron cómo se elevaba hasta desaparecer, oculto por las copas de los árboles.

-Adelante. Sigamos-susurró Rebelde, y fue el primero en avanzar hacia la primera mancha verde que se aferraba al tronco de un castaño.